Lazarillo de Tormes

Primera edición en Reino de Cordelia, septiembre de 2020

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

Ilustraciones de @ Manuel Alcorlo, 2020

Edición, prólogo y notas de © Adrián J. Sáez, 2020

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FBC
ISBN: 978-84-18141-10-2
Depósito legal: M-16921-2020

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Lazarillo de Tormes

Ilustraciones de Manuel Alcorlo

Edición, prólogo y notas de Adrián J. Sáez

Índice

Introducción / por Adrián J. Sáez 11
Bibliografía 35

Lazarillo de Tormes 41

Prólogo 43

Tratado I
Cuenta Lázaro su vida y cúyo hijo fue 47

Tratado II
Cómo Lázaro se asentó con un clérigo
y de las cosas que con él pasó 83

Tratado III
Cómo Lázaro se asentó con un escudero
y lo que le acaeció con él 107

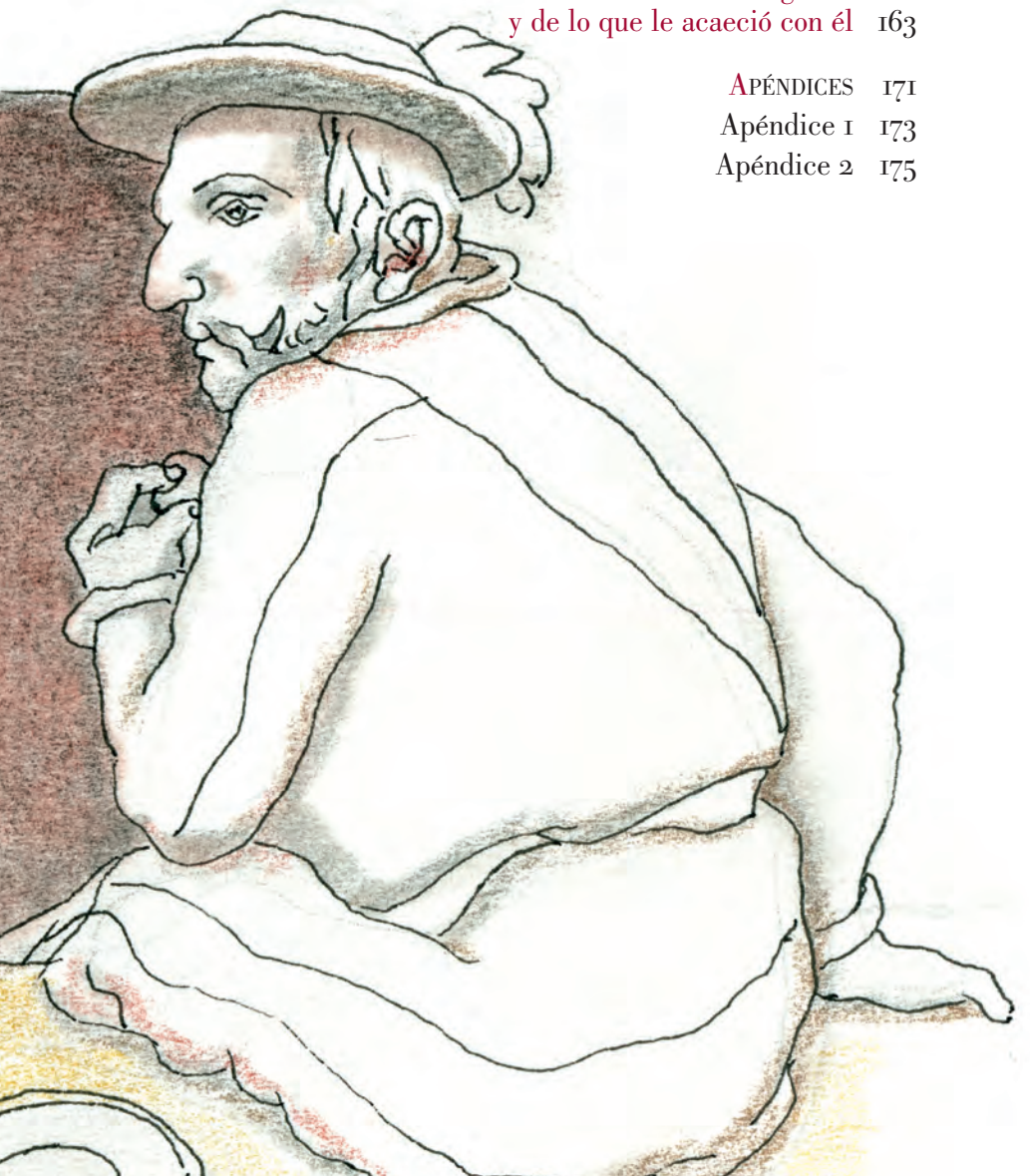
Tratado IV
Cómo Lázaro se asentó con un fraile
de la Merced y de lo que le acaeció con él 145

Tratado V
Cómo Lázaro se asentó con un buldero
y de las cosas que con él pasó 147

Tratado VI
Cómo Lázaro se asentó
con un capellán y de lo que con él pasó 161

Tratado VII
Cómo Lázaro se asentó con un alguacil
y de lo que le acaeció con él 163

APÉNDICES 171
Apéndice 1 173
Apéndice 2 175



Introducción

1. Una joyita

«Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían razones para serlo». Estas palabras, que abren *La familia de Pascual Duarte* (1942: 21) de Camilo José Cela, podrían valer perfectamente para Lázaro de Tormes. Efectivamente, el protagonista de la historia es un niño inocente —por no decir pardillo— que sale de su casa de mala manera para servir a un ciego y otra serie de amos (un clérigo, un escudero, un fraile, un buldero, un artesano, un capellán, un alguacil) con los que aprende a golpes ciertas habilidades al tiempo que practica diversos oficios, para acabar —con unos más que posibles cuernos— felizmente casado y empleado como pregonero, como una suerte de funcionario de la época. Un bendito, vaya, porque las pasa negras, aunque el relato en primera persona es ambiguo a más no poder.

La cosa tiene mucho de autobiografía tempranera, *Bildungsroman* y relato divertido donde los haya, pero quizá una marca de fuego del *Lazarillo* sea que es una novelita repleta de problemas: el lío comienza con el baile de la autoría, se enreda con una serie de ambigüedades, y, por si fuera poco, se complica con las ediciones del texto, para romperse finalmente en mil pedazos con interpretaciones y lecturas para todos los gustos. Por de pronto, todas estas cuestiones —y muchas otras más— dan fe de la riqueza del mundo que se encierra en una historieta de apariencia tan ligera y simple que está en el origen del género picaresco y ha cautivado a lectores de todo pelo desde el siglo XVI hasta el siglo XXI: baste pensar en Eduardo Mendoza, pícaro por excelencia de la novela española contemporánea que salpimienta sus relatos con toques apicarados, por soltar un nombre al azar de los muchos que han caído en las redes del encanto lazarillesco, con variaciones a la carta que llegan hasta la «zombificación» de *Lazarillo Z: matar zombies nunca fue pan comido* (2010)[1].

2. Una novelita para todos los públicos

En torno a *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* se han dado muchas vueltas, pero en verdad las cosas son simples en un principio: se trata de una novelita lige-

[1] Ver los recorridos de Laurenti (2000) y Garrido Ardila (2009), así como el estudio sobre el género zombi de Llosa Sanz (2017).

ra, de una comicidad estupenda y toques críticos más o menos cifrados en una acción protagonizada por un niño de orígenes infames que salta de amo en amo para sobrevivir como puede hasta encontrar una seguridad, con todos los peros que se quiera. De buenas a primeras, es una apuesta sorprendente porque Lazarillo no es un rey ni un noble sino bastante poca cosa y se trata de un texto mínimo: así, tanto el personaje como el relato pueden parecer moco de pavo, pero justamente la grandeza también está en su pequeñez (la humildad de personaje y libro).

De esta condición se muestra muy consciente el narrador-personaje en el prólogo a ese enigmático «Vuestra Merced»: si presume de contar «cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas», rápidamente confiesa que es una tontada («nonada») en «grosero estilo» (p. 44), en un perfecto ejemplo de la retórica de la falsa *humilitas*.

A partir de ahí, la historia es bien sencilla: Lázaro de Tormes relata sus orígenes desde su nacimiento con su primer amo (el ciego) (tratado 1), servicio a un tacaño clérigo que lo mata de hambre (2), etapa con un escudero más pobre que hidalgo (3), una veloz referencia a la estancia con un fraile mercedario (4), la temporada con el burlador buldero ('vendedor de bulas') (5), paréntesis veloz con un pintor de panderos y ascenso con un capellán (6), y remate con el oficio de pregonero de Toledo y el matrimonio con una criada del arcipreste de la iglesia de San Salvador (7).

De principio a fin, el «niño de ocho años» pasa a ser «buen mozuelo» y termina por ser un «hombre de bien» (48, 49 y

124), en un proceso de aprendizaje durante el que aviva su ingenio, conoce las miserias y las tretas del mundo (engaños, hambre, honra, etc.), para ir mejorando poco a poco dentro de la escala social, que se marca significativamente con el cambio de vestuario y el desgaste de los zapatos. Por eso, el *Lazarillo* se puede considerar una novela de formación —con todas las comillas que se quiera—, porque se da un proceso de desarrollo del personaje en muchos sentidos, pero el ascenso es muy relativo[2]: la «prosperidad y cumbre de toda buena fortuna» (170) consiste, para decirlo de una vez, en un oficio real y un matrimonio de conveniencia aderezado con habladurías de cuernos entre la mujer de Lázaro y su amo el arcipreste.

Voilà el «caso» de la novela: la explicación de Lázaro sobre los rumores de la situación de amancebamiento consentido de su esposa, que lo convertirían en figura de chiste (un maridillo paciente) y carne de castigo junto a los otros dos personajes del triángulo. De hecho, la razón de la escritura procede de una petición al respecto, tal y como se anuncia en el prólogo: «Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso». Por lo tanto, la redacción es una muestra de obediencia y es asimismo todo un desafío, frente al que el sospechoso orquesta una respuesta que va más allá de los simples chismes:

[2] Para esta forma narrativa, ver Moretti (1999 [1987]).

> pareciome no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto (45)[3].

En plata: aunque engañe con la medida y prefiera la brevedad, Lázaro decide remontarse atrás para presentar el relato de su vida hasta el momento de las sospechas, al tiempo que se define como un modelo (o contramodelo) por su «mejora» social, con toda la carga irónica que conlleva.

Esta decisión establece dos tiempos en el *Lazarillo* (Guillén, 1988a [1957]): dentro de un relato lineal de gran sencillez, se da cuenta de las peripecias de Lazarillo desde la perspectiva de Lázaro, según una estructura circular y una tensión entre tiempo cronológico y tiempo personal que se acompasa a un ritmo cambiante en relación directa con la selección de los hechos que interesa —y conviene— dar a conocer. El cóctel está servido: barra abierta para lecturas y sospechas.

Ahora bien, antes de ponerse serios, quizá convenga volver atrás e insistir en una obviedad: el *Lazarillo* es un libro divertido. De hecho, lo pretende ser desde el inicio y en pri-

[3] También lo hace así con el escudero: «Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara» (p. 111).

mer lugar, de acuerdo con un primer acercamiento, una lectura superficial si se quiere (Darnis, 2015). De hecho, en el prólogo ya se marcan dos niveles:

> Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite […] ninguna cosa se debría romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto (43).

Con eco del precepto del *docere aut delectare*, se establece una dimensión más profunda («algún fruto») y otra atenta al disfrute y el gusto, que se presenta como una opción primaria para la que no hace falta romperse la cabeza («a los que no ahondaren»). Y, amén de otros ingredientes (la parodia, el estilo humilde de la narración, escenas de golpes y porrazos, etc.), a lo largo de la acción la risa es una reacción frecuente frente a las aventuras de Lázaro, sobre todo en el lance de la falsa culebra, en el que causa el regocijo de su amo, del público dentro de la ficción y hasta de sí mismo:

> Era la risa de todos tan grande que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas que, aunque yo esta-

ba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír (75).

También en la estructura se pueden deslindar tres secciones con un sentido propio de la risa[4]: 1) la presentación paródica del personaje, 2) el proceso de aprendizaje con el ciego y el clérigo, y 3) los últimos tratados, con la etapa escuderil como quicio que marca un giro radical en el tratamiento de la comicidad del relato.

Por si fuera poco, en la época ya se veía la novelita con una sonrisa satisfecha: Jiménez Patón (*Elocuencia española en arte*, Toledo, Tomás de Guzmán, 1604) consideraba que se trata de un «librillo de entretenimiento» a la par de *La Celestina* y *Las Carnestolendas* (los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas de Hidalgo) y fray José de Sigüenza iba más lejos cuando aconsejaba que «merece ser leído de los que tienen buen gusto» porque muestra «en un sujeto tan humilde la propiedad de la lengua castellana y el decoro de las personas que introduce con tan singular artificio y donaire» (*Historia de la Orden de san Jerónimo*, parte tercera, Madrid, Imprenta Real, 1605).

Así las cosas, texto y recepción indican que el *Lazarillo* es una novelita cómica (Sáez, 2017), un libro de entretenimiento en palabras del Siglo de Oro, aunque se suele notar poco frente a todos los lanzazos críticos habidos y por haber[5]. Bien es

[4] Con otra idea, García de la Concha (1993) asimismo considera que el relato se articula según la mágica ley del tres.

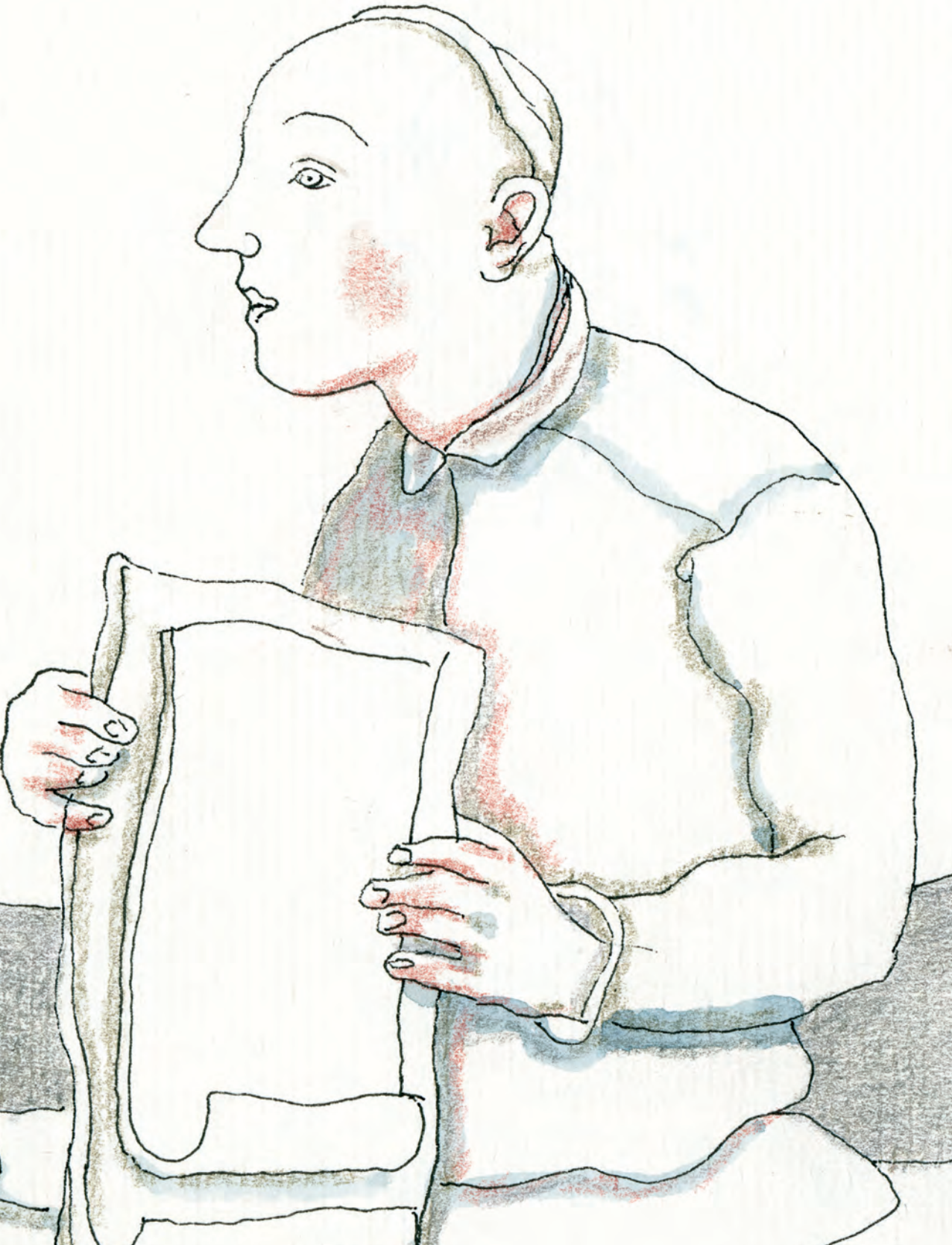
[5] Pavel (2014 [2003]: 103-135) llega a decantarse por la lectura seria de la novela picaresca. Dos excepciones de honor son Yovanovich (1999) y Allaigre (2007).

verdad que hay que matizar que se trata de una sonrisa torcida por su andanada crítica, que no de una carcajada agresiva y bufonesca (Roncero, 2010: 55-95). Y, no obstante, como texto cómico tiene toda la legitimidad del mundo, aunque se suela dar una viciosa tendencia a buscar honduras de todo pelo en obras ligeras: no es que el *Lazarillo* demostrase «que una obra podía ser divertida e ingeniosa y, a pesar de ello, interesarse por los problemas sociales», como dice Parker (1971 [1967]: 67), sino que la exploración seria se hace con las armas de la graciosidad.

Con esta alegre prevención, se puede pasar al nudo gordiano de la dimensión crítica del *Lazarillo*, que va de la mano de la chispa cómica y rodeado de una buena capa de ambigüedad. El resultado no se hizo esperar y al poco tiempo de su salida al mundo fue incluido en el índice de libros prohibidos (*Cathalogus librorum qui prohibentur*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1559) de Fernando de Valdés, iniciando una vida en los márgenes.

La lista de posibles críticas y segundos sentidos es larga: la movilidad social de la época está puesta en la picota, la honra se disecciona con escalpelo, clérigos y compañía reciben de lo lindo, hay vicios (hipocresía, simulación, etc.) para dar y regalar… y todo se desenvuelve en un juego entre lo dicho y no dicho, con ciertos silencios en el centro de la escena (Guillén, 1988c). Así pues, se trata de un narrador infidente en el que no se puede confiar a ciegas (Sáez, 2011), porque se escapa entre las líneas.

Lazarillo de Tormes



Prólogo

YO POR BIEN TENGO que cosas tan señaladas[1] y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite[2]. Y a este propósito dice Plinio que «no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena»[3]. Mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto[4]. Porque, si así no fuese,

[1] *señaladas*: 'relevantes', pero también 'criticadas' desde el final del relato.

[2] Alusión al precepto del *docere aut delectare* de Horacio (*Ars poetica*, v. 333).

[3] Frase atribuida a Plinio el Viejo muy repetida en el Siglo de Oro.

[4] El *fruto* ('beneficio') puede corresponder al lector o al autor.

muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes»[5].

¿Quién piensa que el soldado que es el primero del escala[6] tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto, mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y, así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado[7] y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!»[8]. Justó[9] muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas al truhan[10], porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va de esta manera: que, confesando yo no ser más santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo[11], no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas[12], peligros y adversidades.

[5] Cita de Cicerón («honos alit artes», *Tusculanas*, I, ii, 4), de gran fortuna en la época. *Artes* vale por todas «las artes liberales y mecánicas» (*Autoridades*).

[6] *escala*: 'escalera', entiéndase en un asalto.

[7] *presentado*: 'clérigo propuesto para una dignidad eclesiástica'.

[8] *vuestra reverencia*: forma de tratamiento para eclesiásticos.

[9] *justó*: 'contendió, luchó'.

[10] El *sayete* es un 'chaleco pequeño que se portaba bajo la cota de malla (las *armas*)' que se podía regalar a un bufón (*truhan*), de acuerdo con los usos del momento.

[11] *nonada*: 'tontería'; *grosero*: 'humilde', doble ejercicio de falsa humildad referido al fondo y la forma.

[12] *fortunas*: 'desgracias'.

Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran[13]. Y, pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle[14] por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto.

[13] *se conformaran:* 'se correspondiesen'.

[14] *tomalle:* 'tomarle', con una asimilación común en la lengua coetánea.

Tratado I
Cuenta Lázaro su vida y cúyo[15] hijo fue

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña[16] que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomole el parto y pariome allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

[15] *cúyo:* 'de quién'.

[16] *aceña:* 'molino movido por el agua'.

Pues siendo yo niño de ocho años achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales[17] de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados[18]. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre (que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho), con cargo de acemilero[19] de un caballero que allá fue; y, con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos[20], y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla y metiose a guisar de comer a ciertos estudiantes y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento[21]. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana; otras veces, de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos y entrábase en

[17] *costales*: 'sacos'.

[18] Chistes con una pareja de pasajes de la Biblia: «confesó y no negó» (*San Juan*, 1, 20); «padeció… justicia… bienaventurados» (*San Mateo*, 5, 10).

[19] *acemilero*: 'mozo de caballos'.

[20] Es un refrán conocido, acaso usado maliciosamente.

[21] *moreno*: 'negro'; *curaban*: 'cuidaban'; *conocimiento*: con sentido sexual.

casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto[22] que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación[23], mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar[24]. Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro trebejando[25] con el mozuelo, como el niño vía[26] a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa![27]

Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y, hecha pesquisa, hallose que la mitad por medio[28] de la cebada que para las bestias le daban,

[22] *mal gesto*: 'mala cara'.

[23] *posada:* 'estancia'; *conversación*: de nuevo con un valor carnal.

[24] *calentar*: 'arropar'.

[25] *trebejando*: 'jugando'.

[26] *vía*: 'veía', forma etimológica.

[27] *Hideputa* tiene el sentido literal y se usaba como interjección de admiración.

[28] *mitad por medio*: 'la cuarta parte'.

hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles[29], y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas[30]; y, cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía[31] a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aún más; porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron[32], y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero[33], la triste se esforzó y cumplió la sentencia, y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana; y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo, que iba a los hués-

[29] *salvados*: 'salvado, cáscara del cereal'; *almohazas*: 'cepillo con púas de hierro'; *mandiles*: 'paños'.

[30] *hacía perdidas*: 'fingía que se perdían'.

[31] *acudía*: 'ayudaba'.

[32] *pringaron:* castigo consistente en derretir tocino sobre las heridas causadas por los azotes.

[33] Refrán que vale 'añadir un mal a otro', pero que puede referirse también a la cuerda (*soga*) en la que Zaide debió de marcharse atado y el *caldero* del tocino derretido.

pedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle[34], me pidió a mi madre y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves[35], y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

[34] *adestralle*: 'guiarle'.

[35] *Gelves (Yerba, Djerba)*: referencia a la expedición a una isla en la costa norteafricana, que fue un verdadero desastre.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y, cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti.

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego man-

dome que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y, como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada[36] en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo[37]. —Y rio mucho la burla.

Pareciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza[38]; y, como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré[39].

Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar a Vuestra

[36] *calabazada*: 'cabezada'.

[37] Es una expresión proverbial.

[38] *jerigonza*: 'lenguaje de los ladrones' y, por extensión, las habilidades y la vida del hampa.

[39] Guiño bíblico (*Hechos de los Apóstoles*, 3, 6).

Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que, desde que Dios crio el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila: ciento y tantas oraciones sabía de coro[40]; un tono bajo, reposado y muy sonable[41], que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que, con muy buen continente, ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas si traían hijo o hija. Pues en caso de medicina decía que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre[42]. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía[43]:

—Haced esto, haréis esto otro, cosed tal yerba, tomad tal raíz.

[40] *de coro*: 'de memoria'.

[41] *sonable*: 'sonoro, potente'.

[42] *males de madre*: 'hinchazón de la matriz', pero también otros dolores femeninos.

[43] *pasión*: 'sufrimiento'; *luego*: 'al momento'.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi[44]; tanto, que me mataba a mí de hambre y a sí no se demediaba[45] de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas, con todo su saber y aviso, le contraminaba[46] de tal suerte que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel[47] de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacallas, era con tanta vigilancia y tan por contadero[48] que no bastara todo el mundo a hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria[49] que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pen-

[44] Doble negación corriente entonces.

[45] *no se demediaba*: 'no llegaba a comer la mitad'.

[46] *contraminaba*: 'presentaba contraminas', es decir, 'le hacía resistencia'.

[47] *fardel*: 'bolsa, saco'.

[48] *por contadero*: 'una por una'.

[49] *laceria:* 'miseria'.

sando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así, buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y, cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada[50] en la boca y la media aparejada, que, por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que, después que conmigo estás, no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz[51]. Yo así lo hacía. Luego él

[50] *lanzada*: 'metida'.

[51] *capuz*: 'capa larga con capucha'.

tornaba a dar voces diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas durome poco, que en los tragos conocía la falta, y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió y dende[52] en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale[53] con la mano y así bebía seguro.

[52] *dende*: 'de ahí'.

[53] *atapábale*: 'tapábale'.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sotil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y, al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por

ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto[54] iba a beber, no hallaba nada. Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío[55], que os lo bebo yo —decía—, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro que halló la fuente y cayó en la burla, mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día[56], teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, senteme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

[54] *pobreto*: 'pobre', italianismo (poveretto).

[55] *tío*: 'tratamiento de la gente rústica a los hombres de edad madura'.

[56] *luego otro día*: 'al día siguiente'.